

# ADMINISTRACION.

6, PINO, 6  
BARCELONA

## PUNTOS DE SUSCRICION

### BARCELONA.

En la Administracion, 6, Pino, 6, y en las principales librerías.

### MADRID.

San Martin, Puerta del Sol, 6, y en el resto de España y Américas en casa de todos los corresponsales de esta Administracion.

## SUSCRICIONES Y ANUNCIOS

DEL EXTRANJERO:

GUSTAVO BENTFELDT.

Madrid.

Pedidos y reclamaciones á la Administracion, 6, Pino, 6, Barcelona.  
Pueden hacerse las suscripciones desde fuera, dirigiéndose á la Administracion y acompañando su importe en sellos de correo.



# LA MOSCA ROJA

SE PUBLICA A LO MENOS UNA VEZ CADA SEMANA

LA MOSCA ROJA, número corriente cuesta 15 céntimos de peseta en toda España.—  
Queda absolutamente prohibido á los revendedores exigir un precio mayor por ella

## PRECIOS de SUSCRICION.

### BARCELONA

Tres meses. . . . . 8 Rs.  
Seis meses. . . . . 16 »  
Un año. . . . . 32 »

### PROVINCIAS.

Seis meses. . . . . 20 »  
Un año. . . . . 40 »

### ULTRAMAR Y ESTRANJERO

Seis meses. . . . . 40 »  
Un año. . . . . 80 »

### NÚMERO SUELTO CORRIENTE,

ORDINARIO

En Barcelona, 4 CUARTOS

En el resto de España, 15 Cs. de Pts.

### NÚMERO ATRASADO,

En toda España, 25 Cént. de Peseta

### REGALOS A LOS SEÑ. SUSCRITORES

Verificándose la suscripcion por 1 año, pueden obtenerse las ventajas siguientes:

1.ª—Rebaja de un 10 por 100 sobre todas las obras que publique la administracion de este periódico. 6, Pino 6, Barcelona.

2.ª—Regalo del *Almanaque de la Moda* para 1883.

## SPORT.

Creo que se escribe así.

Ante todo debo hacer una declaracion, y es que no sé lo que significa esta palabra, por la sencilla razon de que no conozco el idioma inglés, ni por el forro de la gramática.

—Pues, ¿por que titula así el artículo? dirán Vds.

—Porque así se me ha ocurrido, á causa de ser el asunto de estas cortas letras algo que se roza con las carreras de caballos, que es lo que priva hoy en esta condal ciudad, y haber visto en diversos periódicos nacionales y extranjeros que así titulan la seccion á ellas consagrada.

No crean Vds. que voy á dar aquí pruebas de una erudicion de que carezco por completo, pero que podria suplir hojeando libros, dándoles noticias históricas de estas diversiones, ni tampoco que pretenda reasumir el resultado de los tres dias de carreras, celebradas para inaugurar el Hipódromo de esta ciudad; nada de esto. Mi objeto es trasladar al papel algunos diálogos cogidos al vuelo el domingo al ir al Hipódromo y durante las carreras.

Si con ello logro entretener un poco á los lectores, me daré por satisfecho; más, si por el contrario, les aburro, con doblar la hoja podrán resarcirse leyendo escritos de otra índole que quizás les agraden más.

Manos á la obra, pues.

—No empujar, señores, no empujar, que habrá coches para todo el mundo.

—Verdad es que no deberíamos empujar, pero si no lo hacemos empujarán otros y nos quedaremos siempre á la cola.

—Cuidado con el reloj, Ernesto.

—No hay cuidado. En la duda de si habla ó no concluido la huelga de los rateros lo he dejado en casa, y ésta guardada por un mozo que ha sido guardia civil y por un perro de presa. En estos tiempos todas las precauciones son pocas, y como me escarmentaron ya una vez...

—Pancracio, ten cuidado en que las niñas no se separen de tu lado. ¡U! Por fin estamos en el coche. Pero, si los asientos están ya ocupados por individuos que, á juzgar por el traje, parecen caballeros, aunque su manera de proceder lo desdice...

—Señoras, vengan acá, que les cederemos los asientos.

—Mil gracias. Estos si que son caballeros finos y atentos. Si tú no fueras tan tacaño no nos veríamos así, pues con alquilar un carruaje nos habríamos ahorrado apretones y codazos.

—Y hubiéramos gastado en cambio un puñado de duros que me hacen falta para otras atenciones mas precisas.

—Las cosas hacerlas bien, ó no hacerlas.

—Eso es lo que queria yo, no hacerlas, pues las dichas carreras me van á proporcionar, además de los gastos, algun disgusto.

—Esperad aquí mientras voy á tomar los billetes.

—A juzgar por la gente que hay junto al despacho vá á ser cosa larga la espera. Si hubiera donde sentarnos. Pero, ¿por qué no tomas los billetes á los revendedores?

—Antes me iria sin entrar. No quiero que me exploten.

—¿Que dice allí?

—«Cambio de monedas.»

—Y por qué se halla aquí ese cambista?

—Porque, para el departamento de la entrada genera-

no hay billetes, y cada persona que entra tiene que dar la pesetita justa. El portero que la recibe la mete en una especie de cepillo y entonces un aparato que se llama *torniquete*, dá una vuelta y hace entrar al que ha entregado el óbolo.

—De manera que solo puede entrar uno cada vez?

—Uno solo, y como el torniquete señala el número de personas que entran, el recaudador sabe cuantas pesetas ha de encontrar en el cajón.

—Esos franchutes son el demonio. ¡Vaya unas cosas inventan!

—Allí veo un palo con un rótulo. Dice, á ver, déjame poner los lentes, dice: *Pelouse*.

—Esto si que lo entiendo. Pero me parece un poco fuerte eso. Todos sabemos donde se tira la pelusa y si se obliga á los concurrentes á que vayan á un depósito de *pelusa*, me parece á mi...

—Si esto es francés y significa *cesped* ó *musgo*, y se designa así en los hipódromos el campo destinado al público que paga el precio mínimo de los señalados para entrar.

—Pues, con ponerlo en romance, diciendo «entrada general» bastaba. Terrones y polvo si que los hay en esa *pelusa*, por lo que veo desde aquí, pero lo que es *musgo*, ni pintado.

—¡Pobre hombre! Qué falta habrá cometido para que le castiguen así delante de tanta gente.

—De quien habla V?

—De aquel infeliz que está haciendo sonar la campana.

—¿Qué posicion tan falsa la suya! Metido entre aquellas tablas, de pié y sin poder apoyarse más que con las manos... Cada vez que tira de la cuerda temo que vá á dar con su cuerpo en el santo suelo.

—*Mon cher*; ¿coment va V.?

—Tres bien y ¡vot, amigo Sportman?

—*Charmant* y tres jolic.

—J' en suis tres contento.

—*Voulez-vous apostier quelquecosa avec moi?*

—Yes.

—J' ai he jugado cien francs en las apuestas mútuas.

—Pues yo, tengo des petites cartes de los *Book-maker* por 500 francs.

—Cependant si V. quiere apostaron nous dix francos.

—Fait.

—Pero ¿quienes son esos y qué lenguaje el que usan?

—¡Oh! Estos pertenecen á la juventud dorada, son la crema de la *higa linfa* y hablan lo que será en breve el idioma español, si Dios no lo remedia.

—Menudas balanzas las que están en ese cuarto donde dice *Pesage*.

—Estémonos aquí un rato y veremos pesar á los *jockeys*.

—Esos señores serán los del jurado, ¿verdad?

—Sí; pero cállate que ahora van á pesar á un *jockey*.

—Toma, toma. Y se pesa con la silla de montar sobre las rodillas.

—Es para saber todo el peso que llevará encima el caballo cuando corra.

—*All ready*.

—Esto querrá decir que ya está pesado?

—Así lo supongo.

—Pues, bien pesado quede, y como encuentro todo esto muy pesado, vámonos á otra parte con la música.

—Como gesticulan aquellos seis prójimos que están de pié sobre otras tantas sillas, y que voces dan; parece que regañan á los mirones que se hallan en frente de ellos.

—Diga V. caballero, y perdone la molestia, ¿quienes son esos individuos?

—Son *Book maker*.

—*Buch maquer!* ¿Y con qué se come esto? ¿Qué hacen aquí?

—Esperan que los concurrentes apunten algo por alguno de los caballos que corren. ¿Si V. quiere aventurar un durito?

—¿Yo? ¡Guarda Pablo, no me gustan los juegos de azar!

—¿Qué carteras tan repletas de plata y de billetes llevan los condenados! Serán ricos ¿eh?

—Son dependientes de los banqueros cuyos nombres se leen en la tabla colocada en el palo junto al que cada cual se halla.

—¡Banqueros! Es decir, directores de algun Banco.

—O de alguna banca.

—¡Hurra!

—¡Adelante!

—¡Bravo!

—¡Bien por Republic!

—Yo he ganado.

—Toma veinte duros.

—Voy á ver cuanto me corresponde en las apuestas mútuas.

—¡Venga champagne!

—¡Por el vencedor!

Y concluyen las carreras, y unos se han divertido y otros se han fastidiado; el dinero circuló en abundancia, los cocheros han hecho su agosto; el ferro-carril ha tenido aumento de productos; al subir á los coches para el regreso se sufrieron más apretones que á la ida; se discute si se aclimatará ó no la diversion en Barcelona; cada cual cuenta sus impresiones á su familia ó á sus conocidos, y yo, que he escrito con exceso refiriendo las mias, hago aquí punto final.—S. S.

## SERENATA MARTISTA

Fusionista  
de mis ojos,  
mis enojos  
te diré.  
Con estilo  
liso y llano  
muy de plano  
cantaré.

Esta noche  
si no sales,  
¡ay! mis males  
no hallan fin!  
Sal estrella  
matutina,  
bella ondina,  
querubín.

Niña, escuchas

esta grata  
serenata  
sin rival?  
¡Ay Matea  
candorosa!  
Niña hermosa,  
pronto sal.

¿Estás sorda,  
miliciana?  
¿Tu ventana  
no has de abrir?  
Pervertida,  
traicionera,  
¿no te altera  
mi sufrir?

Yo soy Mártos;  
D. Cristino.



# LA MOSCA ROJA



Ayuntamiento de Madrid

LIT. ESPAÑOLA

Aliados somos los tres  
que vemos desecando,  
hallarle al gato tres pies,  
sin saber, cómo, ni cuándo.  
Música de la zarzuela (El día y la noche.)



¡Qué ferino  
padecer!  
No me dejes  
que así clame.  
Dame, dame  
de comer.

Ya la Zurda  
va maltrecha:  
la derecha  
dá turrón,  
y hoy Cristino  
solicita  
que lo admita  
la fusión.

¡Ay morena!  
¡no le ayudas  
á este Júdas  
andaluz?  
No consientas,  
bella amiga,

que prosiga  
con mi cruz!

Sagastina,  
yo me abronco:  
ya estoy ronco  
de cantar.  
Si me niegas  
tus mercedes,  
bien te puedes  
preparar.

Son las doce...  
Tú no asomas...  
Las palomas  
vuelan ya...  
Mártos huye  
más que presto  
porque honesto  
seguirá.

MENDEZ.

## PICADURAS.

No estrañen nuestros lectores que en todo este número no nos ocupemos de los últimos sucesos ocurridos en París y Madrid al Jefe del Estado.

Tienen para LA MOSCA tan poca importancia que á pesar de los esfuerzos titánicos que hacen los fusionistas para dársela no ha de llegar la sangre al río, por lo tanto lo consideramos como una chiquillada más, del gabinete Sagasta y comparsa.

En un exámen de aritmética:

—Se pueden sumar cantidades heterogéneas?  
—Sí señor.  
—¿Qué ha dicho V.?  
—Que si se pueden.  
—Pues bien: sume V. diez kilos de romero, veinte de apostasías y treinta de injusticias.  
—Ya está.  
—¿Qué ha resultado?  
—Un giron.  
—Sobresaliente.

Dice el Sr. Balaguer que con Sagasta no va ni á coger monedas de á cinco duros.

D. Víctor ¿con qué boca dice V. eso?  
¿Con alguna boca... manga?

¿V. sabe lo que ha dicho?  
La amistad á un lado y el dinero á otro.  
Rectifique V., D. Víctor.

Leemos:  
«En los montes de la Rejanosa, término de Algeciras, tuvo lugar un incendio producido por un disparo de cierto cazador, habiéndose quemado setecientos alcornoques.»  
¡Canastos!  
Nosotros sabíamos que se mataban dos pájaros de un tiro; pero no setecientos alcornoques.  
¡Ojo! zurdos, que donde menos se piensa dispara un cazador.

El justiciero Giron  
se afeitará esta semana,  
porque ha notado que muchos  
se le suben á las barbas.  
Claro es que acaba el efecto  
afeitándose la causa.

Han desaparecido de la Delegación de Hacienda de Zaragoza 195.000 pesetas.  
Eso no tiene nada de particular.  
Lo raro sería que parecieran.  
No estará muy lejos el andarín.

La solución, periódico de Jaén, ha sido denunciado.  
Estas soluciones se están viendo todos los días.  
Paciencia, que ya vendrán otras... disoluciones.

Se les ha hecho saber á los Juzgados, que cuando visiten las redacciones de los periódicos delincuentes, vayan provistos de una camilla y un médico por si hubiese algun herido.  
Aplaudimos estas humanitarias medidas.

Dice un periódico:  
«En la última corrida de toros verificada en Algeciras, uno de los espectadores, movido por un arranque de entusiasmo, lanzó al rostro de un diestro cuatro reales en monedas de á diez céntimos, que le ocasionaron varias heridas.»  
Suponemos que los tribunales calificarán este delito de imprudencia pesetera.

Aseguran que Gamazo  
se resiente de jaqueca.  
¿De jaqueca si que él pecal  
¿El si que es un jaquecazol

En la iglesia de Burjasot, ha caído un rayo mientras los devotos oían misa.

Hubo varios lisiados á causa del tumulto consiguiente.

Cuando estalle, lector, una tormenta  
no te des mucha prisa  
por asistir á misa,  
pues cae en el templo un rayo y te revienta.

La Delegación de Hacienda de Granada, se encuentra en el mismo estado de ruína que el ministerio.  
Proponemos al Sr. Pelayo Cuesta para puntal.  
Quizá para eso sirva.

A sesenta ascienden los periódicos denunciados, desde que volvimos á tener garantías, ó seguros de incendios.  
¡Canario, con el ministro de Marina!  
Le echaremos la culpa á él.

Homburgo.—10'20 noche.—Gran banquete.—Mencheta.  
Homburgo.—11'10 noche.—Van por los postres.—Mencheta.  
Homburgo.—12'3 noche.—Han concluido.—Mencheta.  
Homburgo.—2'6 noche.—He tenido un cólico.—Mencheta.

Y partes de Mencheta por aquí,  
y partes de Mencheta por acá,  
y partes de Mencheta por allí,  
y partes de Mencheta por allá.  
Y todo el mundo con Mencheta topa.  
¡Nos lo vamos á hallar hasta en la sopa!

Los izquierdistas preparan una ruidosa manifestación política para cuando el gran Zurdo regrese á Madrid.  
En la izquierda es más el ruido que las nueces.  
Como que es un Torreón derruido.

—Hijo, porque vienes llorando?  
—¡Ay papá, porque me han suspenso en historia de España!  
—Pues qué te preguntaron?  
—Que cómo se llamaba el Cid Campeador, y yo le dije, que Arsenio Martínez de Campos.  
—¡Pero niño!...  
—¡Ay papá que miedo! Me querían llevar á la cárcel!

## TELÉGRAMAS

—Al ministro de Estado  
un médico alemán le ha vacunado.

Imprenta La Renaixensa, Xuclá, 13, bajos.

## MISTERIOS DEL HOSPITAL

NARRACION REALISTA POR EL DOCTOR  
EMILIO SOLÁ

Eran las diez y cuarto. Quince minutos más y quedaban cautivos, pues el portero tenía la orden severísima de no franquear la puerta á nadie en cuanto hubiese corrido el cerrojo.

«Por fuerza, continuaba el manuscrito, hube de aceptar el vaso que me presentó Braulio; pero me retiré muy pronto, pues ni me convenia entrometerme en casa extraña, ni exponerme mucho con aquel hombre cuya charla interminable me afectaba los nervios, amen de que su franqueza para conmigo me pareció muy fuera de lugar, haciendo tan solo media hora que nos conocíamos.

«Algunos días después, volvió para decirme que la baronesa de Ceratonia, viuda de Angulo, y su hermano D. Agapito, deseaban hablarme de un asunto interesante. Era el asunto, segun me dijeron despues de haberseme ofrecido ambos con mucha finura y exquisita galantería, la venta de unos naranjos de mi huerto, que Braulio había conocido ser de una especie muy buscada, aunque solo los había visto por cima de la tapia. Arreglado el trato del modo que quisieron, fuimos á dar una vuelta por el jardín, bañado por el sol oblicuo del ocaso; hablamos de asuntos de familia, del difunto baron, de Herminia, que vivía en un colegio, pero que aquel día tenía vacaciones y estaba con ellos en la torre, y muchas cosas más. Así caminando nos acercamos al pabellón que he llamado japonés, y doña Concepción llamó con acento cariñoso: Herminia! estás aquí?—Mamá! contestó una voz infantil ¿qué me quieres?

«Los tres entramos en el pabellón. La jovencita estaba meciéndose en un sillón balancín de Viena; sus manos sostenían un tejido de *croché* del cual pendía un hilo que iba á ocultarse en una cestita depositada en tierra; á su lado yacía un libro entreabierto. Herminia no llegaba á los quince años, pero era una niña completamente desarrollada como mujer; en su rostro hermosísimo se marcaban la dulzura infantil, el ardor de la pubertad y la malicia de las colegialas, pero todo tan suave, los tonos tan delicados, tan en armonía con la belleza física, que no podía reprocharse nada al conjunto.

«Al verme se sonrojó, porque sin duda creía que su madre y su tío iban solos; pero no por serle yo persona extraña me trató con menos serenidad y aplomo, como si hablase con alguno de sus maestros. Luego fijó su penetrante mirada en mi rostro... ¡Ay, Dios mío! por vez primera sentíme avergonzado y lleno de despecho al pensar en las cicatrices que afeaban parte de mi nariz. Al lado de aquel ángel hubiera querido ser bello como Narciso; yo no era más que un hombre flaco, ennegrecido por el sol y estigmatizado por un mal cuyas consecuencias aun no conocía.

«Llegó el Setiembre, y cuando la vida me era más agradable en aquellos contornos, observé que la rubicundez difusa de la piel nasal, había crecido un gran espacio; nuevas escamitas y despresiones surgieron sobre y al rededor de las primeras; toda la mejilla derecha se puso reluciente y cálida, formáronse úlceras irritables y me sobrecogió una melancolía permanente hija del terror que me causaba aquel nuevo brote maligno. El doctor Mendoza luchó con desventaja contra el mal, y apuré toda su preciosa cháchara y sus cuentecitos andaluces para desvanecer mi tristeza.

«Otro infortunio: estando en cama con estos agudos síntomas, vino Braulio á invitarme para el domingo próximo. Había de celebrarse una gran fiesta con motivo de que Herminia abandonaba el Colegio para siempre, y la familia convidaba á todos los vecinos. Con cuánto placer hubiera asistido! pero Braulio mismo se convenció, al verme, de que no era posible presentarme en reunion alguna, como no fuera baile de máscaras y velando mi espantoso mal con un antifaz.

«No obstante, me dijo que por la noche habría baile en la plazoleta del jardín, y que, si yo quería, podría ver la fiesta desde su habitación, sin que nadie lo supiera, pues tenía una ventana que dominaba el lugar destinado á la danza. Yo, deseoso de contemplar á Herminia, por la cual sentía un amor tan grande como imposible, accedí.

«Provisto de mis gemelos de teatro, pasé con Braulio por una puerta excusada, ganamos una escalerilla y subimos al dormitorio de este buen hombre, de quien todavía no sé explicarme el cariño que me profesaba y los servicios que me prestó.

«La plazoleta estaba iluminada con farolitos á la veneciana. En un rincón habían colocado la orquesta, compuesta de ocho músicos, y al rededor de las

parejas había un círculo de sillas y sillones en que se sentaban unas veinte personas ricamente vestidas. Los jóvenes y las señoritas eran, en su mayor, parte, conocidos ó parientes de la casa venidos de Barcelona ó de las torres próximas. No se veían allí trajes de campo, ni sayas de labradora. El baile era de todo lucimiento.

«Herminia parecía una palomita blanca, volteando por entre aquella multitud movediza. Vestía de blanco y rosa; sus cabellos formaban anchas trenzas, y por todo adorno llevaba, en el peinado, una rosa también blanca. Yo no miré el baile, ni me fijé en ninguno de los que allí estaban, pues mis gemelos no podían dejar la dirección de la hermosa criatura. Recuerdo bien que al principio ella no quería bailar, pero su mamá le hubo de advertir algo, pues, con gran pesar mío, á los pocos momentos un joven de muy simpática presencia la llevó de allí para danzar un *schotis*, y también recuerdo que la niña bailó torpemente. Recien salida de un colegio cuya enseñanza era mercadamente ascética, no podía haber aprendido esta exigencia del gran mundo.

«Después, Braulio, que no sabía callarse nada, me dijo que el joven con quien había bailado Herminia, era un caballero muy mimado de la alta sociedad madrileña, cuya familia tenía con la de Angulo antigua é íntima amistad. Lo poco que mis gemelos me dejaron ver de aquel hombre bastó para que me formase de él una idea desfavorable; parecióme todo un calavera. Mas adelante me explicó Braulio que se llamaba Eladio Motril...»

—Siempre ese Motril murmuró Vargas pegando un puñetazo sobre la mesa.

—Malos recuerdos tiene para tí el miserable...

—Cada vez que oigo su nombre, me siento furioso de coraje, dijo Vargas. Le abomino; y añadió sentenciosamente: mucho desearia que no hubieses de maldecirle tú también.

—No le temo; loco y encerrado, incurable, propenso á la parálisis general que aplasta á los alienados, ¿qué puede contra mí?

—Continúa la lectura; no perdamos tiempo.

«Separado de su familia gastaba alegremente su fortuna viajando. Entonces vivía en esta ciudad para concluir su carrera de abogado, carrera que había empezado y vuelto á dejar tres veces en seis años.

«El día 28 del propio Setiembre sucedió un lance que todavía recuerdo con espanto. Había parado á la verja de mi casa el coche del doctor Mendoza,